

EL CONVIDADO DE ESPEJOS

Antología de Sebastián Salazar Bondy

AMERICA

Desde niño me dijeron: "Es tierna como un recién nacido, colmada de alimentos y esperanzas", y quizá fuera cierto aunque su rostro impenetrable golpeara mis ojos como una ráfaga estéril de riquezas y miserables ropajes populares. Eran pampas y cordilleras, ciudades y aldeas presas entre cataclismos, y un silencio total ardía en mi boca de interrogantes como una sed insaciable a la orilla de un río envenenado. Me dijeron: "Se levanta y anda repartiendo sus bienes a hijos y extranjeros", y sin embargo sus joyas eran los restos de un banquete cubiertos por el polvo, las osamentas reales pulidas por el orgullo, la naturaleza sigilosa a la espera de un desconocido. Pero en ella caí, en sus bailes desenfrenados que la música mezcla de impudor y tabaco, en su torbellino de áureos harapos y mujeres descalzas, en su fiesta alumbrada por hachones, bajo una red de (alcohol que la muerte contiene como un cielo sus amenazas

Ahora sé que no es fácil amar sus estrellas, sus campos, sus (montañas,

sus urbes plagadas de fábricas y mendigos, pues no es lo que me dijeron: "Pura, perfecta, nuevo paraíso cuya gracia es la abundancia". Pero aquí vivo y amo, lejos, salido del océano inesperada-

(mente, y desde esta cumbre diviso la vasta habitación del hombre: Mis abuelos abrieron surcos donde hoy sólo queda el rastro de su fe destruida por el huracán de años secos, guerras y presidios.

Aquí bloques de piedra, bloques de hierba que testimonian que la vida todavía es posible si es humilde como una brizna y acepta la sombra de un (monumento.

Aquí minas y tumbas, aquí momias y frutas ácidas o amargas, tremendas corrientes de arrastran oro deshecho y recuerdos, tierra deshecha y recuerdos.

niño me dijeron: "Es inocente como un recién nacido",

pesar de los tiempos
indines arrasaron

EL AMANTE

A espaldas de Darío rasgo la página y digo:
"Amo esta cárcel cuya entraña devuelve a los oscuros héroes que pintan sus leves casas con el color del río o el océano, en la Isla Maciel o en las dichosas playas de Acapulco, mientras ponen banderas, leves macetas, peluquerías para (caballeros".

Digo que amo un poco la suciedad de estas paredes que las postales no nombran, y que amo también sus tristes grupos humanos que dan los buenos días al temblor de tierra, al aluvión, con el mismo humor con que consumen el plato de comida que crece en las manos de las doncellas.

Es como si alguien martillara de pronto mi rincón, repitiera en mi oído un credo de maldicientes, a media voz y sobre el filo de un impreciso asombro, mientras Darío, de espaldas, cierra los ojos y exclama: "Mi reino, ay, ya no es de este mundo"

LA
DISCO DE TRISTEZA

En el tranvía, de improviso me digo que estoy triste y no sé realmente dónde poner los ojos, ya caídos en un hueco infinito, en una pregunta infinita, en una impetuosa necesidad de saber por qué sigo entre (ustedes.

He prometido demasiado, es cierto, a mi mujer le he dicho cosas que ahora me ahogan, y ella o mi madre o ustedes que oyen mi disco podrían hacer del desprecio el siniestro beso que me (borrara.

Interrogo, a la luz de la gente, a la luz del periódico que anuncia los desastres, ¿he de seguir quemando tantas hojas de papel hoy y mañana también, sobre los escombros de mi pasado?

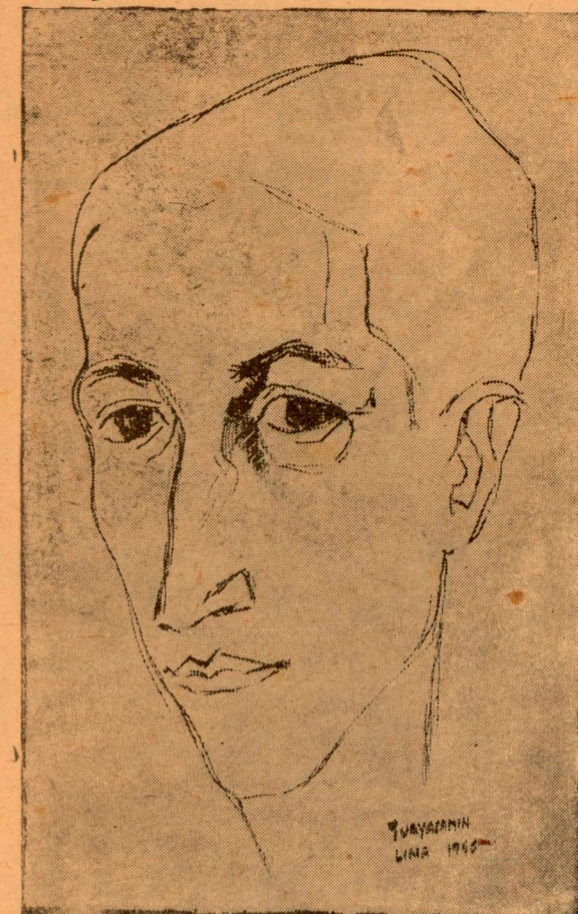
Me digo que estoy triste y que la ciudad me conoce en este breve viaje, mirándome y mirándola, juntos ustedes y yo, mientras pronuncio estas palabras: "Desciendo aquí, señores. Todavía hay esperanzas".

BOITE Y MELANCOLIA

He resuelto disponer de esta media luz, de esta bruma, para poner en orden la majestad de mis horas agrupadas en el nubarrón lento y sofocante de la copa en cuyo fondo he de buscar la voluntad, tal como en el confín del invierno el sol reinante todavía.

Hay música y baile, palabras tejidas con cinismos y gritos (de mujer, todo como el fragor de un bosque en llamas, pero sobre mí cae una gota pertinaz que desmorona mi pecho, el país que en mi pecho yace, las miradas que en mi pecho se conservan intactas.

El agua que horada estos muros es la melancolía, el musgo vulgar e impávido que desde ella crece empapado, el horror de quedar preso entre las rejas de esta celda, una mezcla—puedo decirlo—de pudor y deseo pugnando por entregarme al desenfreno, (m bah, a la triste victoria de ser un traidor entre los fíos.



TANGO BAR

Mientras cantas, cantor, mientras tu voz llama al amor y tus palabras siembran esta horrible noche en mí, ¡cuánto me cuesta sorprender un hombre que se desprende en mí de sus antiguos dioses y zarpa por un mar silencioso hasta el confín de su sangre!

Mientras cantas y el bandoneón funde sus ayes con mi desgano, ¡qué montaña desciendo penosamente cargado de sombras y luces, de verdades y mentiras, de viejos reproches maternos que apenas oigo ya!

Mientras cantas y el violín holla mi sien como la espina amarga de un vegetal terreno en cuyas hojas me desplomo, ¡por dónde he de ver nacer el esplendor que cubrirá mi cabello de alegres rayos, mis ojos de visiones perpétuas, mi piel de tatuajes indelebles como los del amor!

Mientras cantas, cantor, mientras soy feliz con un tango, tu altiva melodía.

LOS AMIGOS DEL SUICIDA

Entre ellos está la imagen de aquel sencillo rebelde que recorrió la sombra temida porque estaba colmado su corazón y sabía que el hombre es una insaciable respuesta.

Una muerte puede ser también la forma de algo que no ha querido florecer porque está oculto y nos avergüenza como el cuerpo expuesto a las miradas del deseo.

Me hablaron de él, de sus últimas palabras escritas en una carta cuyo mensaje no era un adiós, sino un saludo valiente, una voluntaria renuncia al miedo que diariamente tallara.

De él queda una fotografía donde sonríe, pues es necesario aparecer feliz en ese extraño instante en que alguien nos mira como desde el futuro, es decir, inmóvil entre cosas que lo han de sobrevivir.

Y sólo el recuerdo está vivo: tristezas y alegrías juntas, inseparables caras de una moneda cuya efigie se borra lentamente mientras circula, cuyo brillo el tiempo oculta bajo una temprana neblina, cuyo sonido se apaga como una hoguera abandonada.

(De EL CONVIDADO DE ESPEJOS)